cierto que en todo tenían cuatro religiosos que allí moraban, como si fuera un convento de cuarenta. Y después que lo vio todo y consideró, confesó que nunca tal había entendido ni imaginado; y que todo aquello que veía era para él tan nuevo como si nunca hubiera venido a Indias, ni asistido en estas partes; y cobró de allí tan grande afición y devoción, que llegando a el Perú envió a pedir una instrucción del modo que acá teníamos en doctrinar a los indios, así a los niños como a los adultos, y se le envió y lo agradeció. Y si volviera a gobernar la Nueva España, por ventura se hubiera de otra suerte con los indios. ¿Cuánto más ignorarán este gobierno los que tan lejos están de tratar cosas de indios, por vista de ojos? Verdaderamente es cargo peligrosísimo y mucho de temer, y más para los que tienen temor de Dios y cuenta con sus almas. Y aún ahora, en estos tiempos, ha habido quien ha querido persuadir que estos indios están a pique de rebelarse y alzarse con el reino, y que por eso es bien que haya repartimiento de servicio personal, como si estos desventurados estuviesen en este pensamiento, ni tuviesen espíritu aún para vivir, según son de pocos y aperreados, y no ha sido, sino color, que han querido dar a este servicio para perpetuarse por sus particulares intereses y vivir a costa del sudor de estos pobres; y lo bueno es que estaba esto creído y muy sentido en los corazones de algunos que gobiernan; y todo esto nace de no verlo y de admitir informadores interesados, que es fuerza que no digan más que lo que mejor acierta al blanco de su interés.

CAPÍTULO XXII. *De el modo que se tuvo en juntar los indios en las fiestas para su doctrina y para la misa, y el que ahora se tiene*

L PRINCIPIO DE LA CONQUISTA DE ESTAS TIERRAS se hizo un yerro bien dañoso para la cristiandad de estos indios y para su conservación; y fue no hacer luego pueblos formados de españoles, donde vivieran por sí, sin revolverse con los indios, pues entonces se pudiera hacer con facilidad, y ahora ya me parece que no lleva remedio, pues se ha deseado y buscado el medio y hasta ahora no se ha hallado. El licenciado Juan de Ovando, siendo presidente del Consejo de Indias, poco más adelante del año de 1570, entre otras cosas tocantes a esta tierra, preguntó a cierto fraile francisco, qué modo se podría tener para que se hiciesen poblazones de españoles en ella, sin perjuicio de los naturales. Diole la respuesta por escrito, mas ni ella ni otra debió de ser ya de provecho, por estar lo uno y lo otro todo revuelto y confuso. Para mucho fue don Francisco de Toledo, pues siendo virrey fue bastante para ponerlo por obra en los reinos del Perú, donde dicen que todos los españoles están poblados en poblazones por sí, y no mezclados con los indios, y esto no ha muchos años que se hizo. Y si en esta Nueva España se hubiera hecho esto, los indios se con-

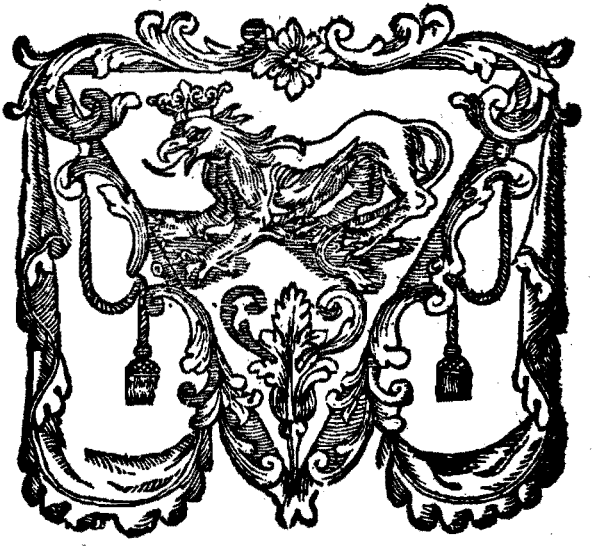
servaran y no se fueran acabando, como se van; porque es cosa cierta y sabida que los peces grandes, andando revueltos con los pequeños, se los van comiendo, y en poco tiempo los consumen y acaban.

Es, pues, de saber que en los tiempos pasados de la sinceridad de los indios, cuando estaban obedientes a lo que para su aprovechamiento ordenaban sus eclesiásticos ministros, puesto que no estuviesen juntos en poblazones, sino derramados, los centenarios y veintenarios, el día antes de la fiesta, daban vuelta cada cual por todo el barrio que tenía a su cargo, muñendo la gente y apercibiéndola que se acostase con tiempo, porque era día de madrugar e ir con alabanzas al templo y casa de Dios, a pagarle el servicio que se le debía. Después de maitines, a las dos o tres de la mañana tornaban estos mismos a dar vuelta por sus barrios, despertando la gente y llamándola con grandes voces, que saliesen a juntarse en el lugar que para ello tenía diputado el mismo barrio, para ver y reconocer si estaban todos.

Juntos en aquel lugar por lo menos a las cuatro, tomando de allí el camino de la iglesia, puestos en orden a manera de procesión, los hombres en una hilera y las mujeres en otra, guiándolas un indio que iba delante con un estandarte o bandera que cada barrio tenía, de tafetán colorado, con cierta insignia de algún santo que tomaban por abogado en el dicho barrio, iban cantando, a veces himnos de la fiesta o santo que se celebraba, o de nuestra Señora, y a veces la doctrina cristiana que todos la tenían puesta en canto, y así llegaban a la iglesia. Era una cosa ésta de tanta devoción, que como algunos de los frailes se quedaban orando en el coro hasta la mañana, y los indios iban entrando por el patio de la iglesia, con aquella música de divinas alabanzas, un barrio tras otro, levantaban el espíritu a los que los oían; y a unos hacían transportarse en Dios y a otros derretirse en lágrimas de excesiva alegría, considerando las grandes misericordias que el Señor en tan breve tiempo había obrado en aquellas sus criaturas, que pocos años atrás andaban ocupados de día y de noche en sacrificarse a sí mismos y a sus prójimos a los demonios y ahora venían desvalidos y alegres en el alba de el día, cantando alabanzas a su criador. Y nadie se engañe pensando que estas madrugadas les harían daño a su salud corporal, porque ellos estaban usados a andar lo más de la noche por los cerros y templos de los ídolos, haciéndoles mil maneras de sacrificios, y servicios. Cuanto más que cuando así madrugaban para venir a la iglesia, vivían más sanos, y después que empezaron y dejaron de madrugar, cobraron más enfermedades.

Cuando llegaban al patio hacían oración al santísimo sacramento, arrodillados ante la puerta de la iglesia. Y aunque no hiciese mucho frío, por ser de mañana, hacían muchas hogueras de fuego donde se calentaban los principales. La gente se iba asentando, los hombres en cuclillas (según su costumbre) por rengleras y las mujeres por sí, y allí los contaban por unas tablas donde los tenían escritos, y los que faltaban íbanlos señalando para darles su penitencia, que era media docena de azotes en las espaldas. Contados todos levantábanse de allí e íbanse a asentar delante la capilla donde

se había de decir la misa y se les había de predicar, poniéndose los hombres todos a la parte de el evangelio, y las mujeres a la de la epístola. Y antes que se predicase el sermón poníanse dos niños, o dos mozos o viejos en pie (según lo que cada ministro tenía ordenado en su distrito) de espaldas al altar, y el rostro al pueblo, y comenzaban a decir la doctrina cristiana en alta voz, y respondiéndoles el pueblo, palabra por palabra, la decían dos veces (si tardaba el predicador en subir al púlpito, aunque lo común era decirla una vez), y luego salía el predicador, y puesto en el púlpito que estaba aparejado, les echaba las fiestas o ayunos que había entre semana, y luego les predicaba una hora, antes menos que más; y acabado el sermón, inmediatamente se comenzaba la misa, y después de dicha se iban a sus casas; de suerte que todos los oficios se acababan entre las ocho y las nueve, antes que calentase el sol, salvo en las grandes festividades que se celebraban con más solemnidad.

Esto era antes que los españoles entrasen en los pueblos de indios y se mezclasen con ellos, y aun duró algún tiempo después que estuvieron juntos, hasta que con la frecuente comunicación se vinieron a malear, tomando las ruines costumbres que veían en algunos (y eran las más comunes, por ser la gente española que está entre los indios, por la mayor parte, ordinaria y pobre), y no toman las buenas de otros (que siempre los hay tales entre muchos), porque es natural a la flaqueza humana inclinarse antes a lo malo que a lo bueno. Y entre los demás usos que los indios han pretendido mudar, tomando el de los españoles, ha sido no venir por orden, cuenta y razón a la iglesia, sino cada uno, como y cuando se le antojare, que para ellos no puede ser mayor perdición, y en algunas partes casi han salido con ello, que no basta diligencia ni quebrantamiento de cabeza de el ministro, para hacer que se junten, sino que han de venir los que quieren, a las diez o más tarde, cuando no tengan doctrina ni sermón, porque es ya hora de comer; y esto ha pasado donde los ministros de la Iglesia son descuidados o no tienen favor de los corregidores. Mas adonde hay favor de la real justicia (como el mismo virrey lo ha dado estos años en la ciudad de Mexico, enviando alguaciles e intérpretes de su lengua que se hallen presentes al contar de la gente) todavía se juntan, aunque no tan de mañana como solían, ni viniendo en orden y cantando, que esto totalmente se perdió en esto de Mexico, aunque no en otras provincias, como las de Mechoacán y Xalisco. Y ya que están juntos, de mala gana responden a los que dicen la doctrina, si no son algunas mujercitas devotas; pero a los hombres no ay sacarles palabra, salvo si es el mismo ministro sacerdote el que se la dice, como por esta causa algunos han tenido costumbre de hacerlo. Otra devotísima costumbre se ha perdido de el todo, a do quiera que entre los indios hay españoles, y era que en tañendo a la Ave María, en cada barrio del pueblo, todos los vecinos de él, que se hallaban en sus casas, salían a juntarse en un humilladero que cada barrio tenía en medio de la vecindad, y allí decían la doctrina cristiana en canto, que demás de la devoción que ponía a los que la oían, era de muy gran provecho para que ninguno dejase de saber lo que es obligado de la ley de Dios y lo que cumple a su salva-

ción. Y véese ser así, pues donde no hay españoles, persevera la dicha costumbre. Harta lástima es que en Yucatán y Guatimala y en lo del Perú estén los españoles poblados por sí, y los indios por sí, y que en esto de Mexico, donde a razón hubiera de haber más orden y concierto, no haya esto llevado remedio. Remédielo Dios todo, a quien sea la gloria de todo.